

en CUBA

SIERRA MAESTRA

"En Esta Guerra Dolorosa..."

El fuego cesó, a las doce meridianas del martes 11. Los nombres de los presentados sustituyeron en el cintillo periodístico a la trágica relación de muertos. La odisea de los expedicionarios del "Gramma" se hizo dramático relato en el testimonio de los supervivientes. En las listas no figuraba Fidel Castro.

Un denso velo de misterio envolvió al jefe del 26 de Julio. Sus compañeros de aventura, respondiendo a las autoridades y reporteros, sólo pudieron ofrecer versiones confusas. Muchos de ellos se dispersaron al ser atacados por la aviación, perdieron todo contacto con el grueso de las fuerzas. Otros, le vieron por última vez en el sangriento combate de Alegría.

¿Dónde estaba Fidel? ¿Cuál había sido su destino? Nadie, en ambas orillas del conflicto, respondió concretamente a las interrogaciones. La opinión pública tomó nota de que existía una incógnita en la ecuación de las bajas fidelistas. La suma combinada de los muertos y prisioneros dejaba un margen de unos cuarenta rebeldes de los que nada se sabía. Hasta el momento, la sierra y el monte guardaban en secreto la suerte de Fidel y de esos hombres.

Con evidente intención política se esparcieron sombras de dudas en cuanto a la presencia del líder del M-26-7 en el escenario de la lucha. Empero, todos los insurgentes capturados o acogidos a la tregua, aún aquellos que en el apianamiento moral de la derrota le formularon censuras o acusaciones, afirmaron que FC desembarcó al frente de sus huastas. Junto a él venía su hermano Raúl.

Ese era el criterio del general Díaz Tamayo, inmediato al campo de operaciones.

—¿Cree usted, general—quisieron saber los periodistas—, que Fidel Castro esté en México?

—No lo creo, pues por manifestaciones de los individuos que se rindieron se ha podido conocer que está en la zona de combate. No me parece lógico que hubiera embarcado documentos y prendas personales para después quedarse en el extranjero y despistar a las autoridades.

Las declaraciones de los revolucionarios que respondieron al bando del coronel Cruz Vidal coincidían al narrar las peripecias de la difícil travesía desde Taxpán a Belic, y el desembarco precipitado bajo el cañoneo del guardacostas 106. A partir de aquellos instantes, que todos vivieron en común, cada cual condujo el relato a través de sus experiencias personales, desgloriándolo de la panorámica de la pelea. Nada aportaron que pudiera determinar la suerte de Fidel Castro.

Niquero, cuartel general de la campaña, se mantuvo como centro de la actualidad nacional. A los largos días de sozobra sucedió la expectación de la tregua. Por primera vez en casi dos semanas, los camiones y jeeps, que bajaban de la cordillera no conducían su carga de víctimas. No hubo más cruces anónimos en el viejo cementerio. La tropa que refluía del frente de batalla exhibía una expresión de alivio. Sonreían los soldados.

Los aviones continuaron despegando del improvisado aeropuerto militar. Ya el vecindario no se encogía temeroso, abrumado por el impresionante silbido de los propulsores a chorro, sino que les seguía con la vista. De las alas colgaban los altoparantes. No iban a rociar de balas y bombas los cerros, sino a cubrirlos de blancos volantes. Por temporal que fuese el alto al fuego, significaba un paréntesis en la matanza.

A la tarde, un campesino llamó a las puertas del juez municipal, José Luis Valencia. Lucía nervioso y entre las manos daba vueltas al rusto o sombrero guajiro.

—Doctor, traigo un recado muy importante para usted.

Horas antes, a unas diez leguas de la población, se tropezó con un hombre herido, barbudo y macilento que vestía el uniforme verde olivo de los insurgentes. El sentido de piedad y solidaridad humana se impuso al temor con que muchos rehuían la proximidad de aquellos perseguidos. Le brindó su asistencia y le procuró agua.

—Yo quisiera confiarle una misión muy delicada. Quiero que vaya a Niquero y vea al doctor Valencia y le diga que José Fuentes Alfonso, hermano del juez de Vinales, está herido en este lugar y quiere que le venga a recoger para que lo presente a las autoridades.

El funcionario judicial escrutó el semblante de su visitante. Su voz traslucía un inconfundible acento de verdad. Inquirió más detalles

—Es un poco más allá de Oyo de Agua de Belic. El camino es malo, pero se pueda llegar en un jeep.

A la siguiente mañana veinticuatro horas después de haber sido promulgada la tregua, Valencia se dirigió al sitio indicado en compañía del teniente Chinea, quien quedó lejos del lugar donde se encontraba el expedicionario. Fue conducido a Niquero, donde se le prestó atención médica, ingiriendo algunos alimentos.

José Fuentes había sido reportado como muerto por su propio hermano Mario, hecho prisionero a raíz de los primeros choques con el Ejército. (BOHEMIA, diciembre 16.) Alcanzado por un balazo a sedal en un costado separado de sus compañeros, anduvo errante por el monte, sosteniéndose con legumbres, boniatos, yucas y otras viandas. Según su decir, no halló ayuda ni abrigo.

El hambre posiblemente, la hubiera podido soportar, expresó, pero la sed le mataba. Estuvo cinco días sin probar una gota de agua.

En el curso del día se produjeron nuevas presentaciones. César Gómez Hernández, Arnaldo Pérez Rodríguez, José Fernández Fuentes, Carlos Trevín, Heriberto González y Enrique López se acogieron al bando del gobierno. En cada caso se repetía el mismo cuadro patético de ruina física y abatimiento moral. Depauperados, casi arrastrándose, el calzado deshecho y las manos cortadas por los riscos, los rebeldes engrosaron poco a poco la relación de prisioneros.

Al grupo inicial siguieron Norberto Abilio Collado, Mario Oliver Hidalgo Barros y Jesús Sergio Montañé Oropesa. El plazo de la tregua fue prolongado indefinidamente y así se renovó la presentación de Roberto Roque Núñez, Jaime Costa Chávez, Antonio Tabío López García, Manuel Hecheverría Martínez, Gilberto García López, el mexicano Alfonso Guillén, Francisco Chicola, Pablo Hurtado, Enrique Cabrera de diecisiete años, y Norberto Godoy. Los testimonios recogidos de labios de los protagonistas de la contienda permitían reconstruir un cuadro general de la operación de desembarco. Habían realizado el viaje hacinados en el "Gramma"—una cáscara de nuez— racionados los alimentos y el agua. Al mando de la nave venía el ex comandante de la Marina de Guerra, Ladislao Pino, que ostentaba el grado de comandante.

El ex teniente Roque fungía de segundo oficial. El timonel era el ex marinero Norberto Abilio, que fuera miembro del castorpedero cubano que hundió un submarino nazi durante la segunda guerra mundial.

Fidel—manifestó Abilio—traía el grado de comandante con una estrella en la parte superior de la gorra. Aún cuando era recto y discreto nos trataba con cortesía. Nosotros le decíamos sencillamente Fidel, pese a que era el jefe del movimiento.

Nada había informado FC sobre sus planes. Luego se supo que proyectaba un ataque fulminante sobre Niquero, a fin de ocupar la población para dirigirse posteriormente a Manzanillo, nutriendo sus filas con la incorporación de nuevos rebeldes reclutados en las zonas juveniles de la región. El ambicioso propósito contemplaba, en última instancia, la toma de Bayamo, Palma Soriano y Santiago de Cuba, con el apoyo de los núcleos fidelistas de las tres ciudades.

La persecución del guardacostas 106 malogró el audaz intento, haciendo imposible el asalto a Niquero.

—La Marina nos avistó—relató César Gómez—y forzamos la marcha hacia Cayo Cruz, pero temerosos de que pudieran sorprendernos en el mar, decidimos atracar en una playa que nos pareció buen lugar para la operación. A más de dos kilómetros de la costa encallamos, y con ese revés se perdió todo.

—Fue más bien un naufragio que otra cosa—comentó Norberto Abilio.

El bote utilizado para el desembarco zozobró, perdiéndose una parte de los pertrechos. Tomaron tierra atados a una soga, hundiéndose en el fango hasta la cintura, obligados a deshacerse de las mochilas para aligerar el peso. Mientras, en el horizonte se silueteaba el veloz navío de guerra. A poco les estaba disparando y en el cielo zumbaban los aviones batiendo el área con sus ametralladoras.

José Sergio Montañé Oropesa—miopie, asmático, las manos ensangrentadas entre los riscos—en su charla con los periodistas no se limitó a la narración de los acontecimientos, sino que analizó las causas del fracaso. Montañé pertenecía a la promoción revolucionaria del Moncada. Fue sancionado a diez años de prisión y salió del reclusorio de Isla de Pinos al promulgarse la ley de amnistía, en ma-

EL REYECITO CRIOLLO, por SILVIO



yo del 55. En el encierro asistió a la Academia Abel Santamaría, organizada por Fidel Castro, donde los hombres del 26 de Julio compartían sus conocimientos dictando conferencias sobre Historia, Sociología, Matemáticas, Literatura y otras disciplinas.

JSMO, al quedar libre, procuró encontrar trabajo en su profesión de contador público. Se le cerraron todas las puertas y tomó el camino del exilio. En la tierra de Juárez se vinculó a su antiguo jefe del trágico domingo de Santa Ana. En sus declaraciones, Montané reveló su formación dialéctica cultivada en las jornadas del presidio.

—No hubo programa ni tampoco muchas reuniones al efecto. Se hizo sólo un cuadro esquemático de la realidad cubana y sus soluciones. Lo que se dió a leer muchas veces fué el manifiesto 26 de Julio.

Puso énfasis en rechazar toda connivencia con Trujillo o Prío Socarrás. Los recursos económicos que financiaron la expedición se allegaron con la contribución voluntaria de los cubanos establecidos en los Estados Unidos y los fondos colectados entre los simpatizantes de Cuba.

Estimo —expuso— que no existen en el pueblo cubano las condiciones objetivas necesarias para una insurrección que determine una revolución; y lo que ha pasado es que nosotros hemos tenido una falsa apreciación subjetiva y por eso hemos constatado esos fracasos.

Se mostró comprensivo al enjuiciar la pasividad de la FEU, comprometida con la Carta de México y ausente de los frentes de combate durante el proceso iniciado el viernes 30, en Santiago.

—Considero que los muchachos no tuvieron a su disposición los instrumentos de acción y que por eso no pudieron secundar el movimiento. O acaso llegaron, como he llegado yo, a la conclusión de que no existían las condiciones ambientales para hacer triunfar la revolución.

Otra declaración de singular interés fué la del ex teniente Roque Núñez, segundo de a bordo en el "Gramma". Se trataba de un ex oficial de la Marina que, el propio 10 de marzo, al producirse el golpe militar, quiso trasladarse a la provincia de Oriente para unirse al coronel Alvarez Margolles, quien, durante varias horas, atajó la sedición en el regimiento Maceo. Separado de las fuerzas armadas se trasladó a México, uniéndose al M-26-7.

Según RRN había marchado con Fidel Castro hasta siete días después del desembarco. Es decir, que el domingo 9, aún después del sangriento choque de Ojo del Toro, FC estaba vivo. Fué a partir de entonces cuando el grupo comandado por FC desapareció de la escena, esfumándose en el silencio. Ya no hubo más noticias del jefe de la insurrección.

El lento trámite de las presentaciones copió, en cierto modo, los minutos patéticos de la identificación de los muertos. Si con anterioridad, los familiares de los jóvenes rebeldes transitaron entre la macabra teoría de cadáveres desfigurados por las balas, para verificar la identidad de los caídos, ahora, al arribo de cada prisionero, se dirigían ansiosamente al cuartel de Niquero o al vivac de Campechuela. Para algunos, la angustia de la duda concluía en el júbilo emocionado de un abrazo. Para otros se prolongaba la incierta espera. Era un doloroso desfile de ma-

dres y padres atribulados portando en las manos una fotografía del hijo envuelto en los azares de la contienda.

—Por favor, mire este retrato. ¿Le ha visto usted? ¿Sabe de él? Es un muchacho alto, rubio, de ojos claros. Por su tipo parece norteamericano. Tiene diecisiete años.

La pregunta se dirigía por igual a los soldados y a los fidelistas acogidos a la tregua. Las respuestas ensayaban expresiones de esperanza. Alguno que se consideraba muerto sólo estaba herido. Muchos, internados en las montañas ignoraban el bando de Cruz Vidal o no habían tenido tiempo de ponerse en contacto con las avanzadas del Ejército.

Por lo pronto, la rendición total no se había producido. En el recuento gravitaba, como un déficit en la contabilidad de las bajas insurgentes, el grupo de más de treinta hombres que parecía haberse mantenido al lado de Fidel Castro, sin perder la cohesión a pesar de los masivos bombardeos de la FAE y de los asaltos de la infantería del régimen. Vivos o muertos permanecían en el misterio.

A principios del alto el fuego, Díaz Tamayo, en conferencia de prensa, expuso su criterio en el sentido de que FC no capitularía.

—El estado mayor de ellos —dijo el jefe del regimiento Maceo— va bien armado, con abundancia de parque y comida y eso es índice de que no se rendirán y podrán soportar mucho tiempo en esa forma.

En mitad de tantos confusos rumores se alzó la angustiada demanda de la madre de Fidel y Raúl Castro. Acababa de perder el esposo. Ignoraba la suerte de sus hijos, inmersos en la hosquedad de la Sierra Maestra. Las hijas permanecían en el exilio.

—Si me dejan subir a los montes de Niquero —afirmó al diario hoguero "Norte"— haré que mis hijos bajen conmigo. Sufro como sufren las madres de los soldados y los revolucionarios, pero si ellos, Fidel y Raúl deciden morir, quisiera que lo hicieran dignamente.

Cinco largos años de incertidumbre, con la familia dispersa por el vendaval revolucionario, le habían templado el espíritu, impartiendo fortaleza para comprender, más allá de su íntimo desgarrón, la voluntad inmolatoria que movía a los dos vástagos.

Daría mi vida por encontrar a mis hijos —añadió—. No sé cómo he podido sufrir tanto y derramar tantas lágrimas y pasar tantas horas de angustia. Rogaría con dignidad y lo haría sin rencor, por todos. Lloro por mis hijos y creo tener el derecho a abrazarlos, lo mismo que las madres de los compañeros de mis hijos y las de los soldados que han muerto en esta guerra dolorosa.

Batista también abordó el tópico Fidel Castro en sus declaraciones del sábado 15, entregadas a los reporteros en el campamento de Columbia. A su juicio, el brote insurreccional promovido por el 26 de

Julio había sido motivo de "un imprudente anuncio". El gobierno notificó públicamente al "extraviado e inexperto líder" de las consecuencias.

La referencia al "imprudente anuncio" destacaba una de las singularidades del movimiento fidelista. Había sido una revolución a plazo fijo, pregonado y difundida por todos los canales publicitarios, casi con precisión de fecha y hora. El cable reveló que la tropa insurgente había desaparecido de México, obviamente navegando rumbo a Cuba. Se sabía que los esperaban en zafarrancho de combate. Salieron a relucir viejos refranes: "Guerra avisada no mata soldado." Las zonas amenazadas, pues, estaban muy distantes de encontrarse en estado de indefensión.

Más el pronunciamiento de Columbia comunicó al alzamiento y la expedición el carácter de una acción inesperada y artera.

—Lo que hay que lamentar, aseveró el general-presidente, es que los hombres de nuestras fuerzas encargadas de velar por la seguridad de los hogares y la integridad ciudadana hayan sido asesinados por sorpresa y otros muertos en acción, y los infortunados que lo creyeron, algunos de los cuales perdieron la vida a causa de la vanidad y la inconsciencia del que dirigió la tralicionera aventura.

Batista no compartía la convicción de Díaz Tamayo, dando por cierta la presencia de Fidel Castro entre los expedicionarios del "Gramma".

—Algunos de los detenidos han dicho que sí; otros han dicho que como venían en la parte interior del barco, piensan que él estaba en la cabina de mando, arriba, en los momentos de salir de las aguas mexicanas hacia Cuba. Las declaraciones de algunos no parecen coordinadas y otras son más bien titubeantes o confusas; la mayoría se produce como si obedeciera a una consigna. Me inclino a creer que Fidel Castro no ha venido.

Un punto y coma en el texto del párrafo marcaban una pausa. Seguidamente:

—Pero si en realidad vino, su presencia no ha respondido en momento alguno a la conducta del que se autotitula defensor de una causa y dirige hombres con ese pretexto para llevarlos al campo de la muerte.

A continuación, una "P", de pregunta:

—En una palabra, ¿lo que usted quiere decir es que si está en Cuba no ha sido héroe ni mártir?

—Exactamente, no lo sería en el supuesto caso de que hubiera muerto al internarse en la Sierra Maestra, porque en ningún momento parece haber dado frente, si vino en esa expedición, para dar batalla.

Las manifestaciones del Ejecutivo proyectaron nuevas sombras sobre el panorama de la Sierra Maestra. Se hicieron evidentes las contradicciones entre Niquero y La Habana. Aquí se insistía en dudar de la presencia de Fidel Castro en el teatro de la lucha; allí se daba por bueno el testimonio de los prisioneros, ubicándolo al frente de sus huestes. De Oriente llegaban los partes de guerra reportando combates, avances y bajas. En los centros oficiales capitalinos se sugería que el jefe rebelde no presentaba batalla.

Los corresponsales de la prensa habanera, en sus despachos e informaciones, reflejaron el clima de desorientación en cuanto al destino de Fidel y los últimos expedicionarios. A base de conjeturas, y por



FRANQUEO EXCESIVO.

por PECRUZ.

—Sí, yo era muy rico, pero se me ocurrió felicitar a mis amistades por Franco.

via de hipótesis, cada periodista estableció una conclusión diferente.

El enviado de "Excelsior" rehabilitó el mensaje de la Prensa Unida:

—Personas responsables —informó el matutino de Braña— mantienen el criterio de que el polémico parte que envió Francis MacCarthy, de la UP, se acercaba bastante a la verdad del primer momento. Ataque de acuerdo con la técnica militar moderna. Bombas y descargas de ametralladoras cubriendo un área determinada.

—¿Qué se hizo de Fidel Castro y de su estado mayor, en el que se hallaba su hermano Raúl? En esta región son muchos a creer que los dos hermanos resultaron muertos desde el primer momento. Se cree que el sitio en que cayeron fue uno próximo a Río Nuevo. Hay quien sostiene que pudieron internarse en la sierra con un grupo de supervivientes.

Esteban Yáñez Pujol, en "Prensa Libre", se inclinó a la versión opuesta.

Hay una realidad: su rumbo al Este, en dirección al Cobre, hace presumir que logró eludir la persecución cuando las fuerzas persiguen al grupo de Juan Manuel Márquez. La noticia de que pereció en el desembarco hay que desecharla por completo. Fue visto en muchos lugares y habló con campesinos después del supuesto "aniquilamiento" de las fuerzas revolucionarias.

Los abanderados del cuarto poder, a despecho del cerco de silencio impuesto por el comando militar, desalojados como indeseables de las proximidades del cuartel general, se las ingenieron para cumplir sus deberes informativos. De haberlo permitido las autoridades, reporteros y fotógrafos hubieran partido rumbo a la cordillera, tratando de localizar a Fidel.

En el balance de la labor periodística —exposición serena de las operaciones militares y honda pena de cubano en cada línea— asomó una nota de mal gusto. El versátil escritor peruano Ciro Alegria recogió la anécdota en una tertulia santiaguera y la encontró tan pintoresca como para trasladarla a sus lecturas de "Alerta".

—Sucedió que por allá por Ojo del Toro —apuntó en su prosa de saínete— uno de los lugares donde se ha combatido recientemente, había una patrulla avanzada. Caida la noche, los soldados mantenían esa actitud de escrutar las sombras que es propia de las circunstancias. Súbitamente, produjo ruido entre unos matorrales. Dieron las voces de alto. El ruido siguió. Dispararon entonces una ráfaga de fusil ametralladora. Hecho el silencio volvieron a escuchar. El ruido anterior había cesado. Instantes después, explorando, encontraron muerta a una vaca.

Ojo del Toro. Quince tumbas en el cementerio de Niquero. Una ocasión para que el autor de "El Mundo es Ancho y Ajeno" luciera sus calidades de humorista.

El gobierno dio por pacificada la región oriental y, en consecuencia, dispuso el regreso de las tropas de refuerzo enviadas al área beligerante. Los primeros en iniciar el retorno fueron los del cuerpo especializado del coronel Barrera. El coronel Cruz Vidal asumió el mando de la plaza de Santiago y el comandante González tornó a hacerse cargo de la zona de Niquero.

El lunes 17 fue día de ajeteo en el aeropuerto de Columbia. A las 12:45 p. m., aterrizó el transporte "Viejo Pancho" conduciendo a Ba-



CONFLICTO POR EL HIJO DE FIDEL CASTRO

La escena, captada en el presidio de Isla de Pinos, en 1954, tiene hoy un doble patetismo, familiar y político: Fidel Castro, que a la sazón cumplía condena por el asalto al cuartel Moncada, aparece con su hijo "Fidelito" entonces de 4 años. Es una fotografía que ha cobrado singular actualidad. De las 2 personas que en ella aparecen, el jefe del Movimiento 26 de Julio, tras acaudillar un golpe revolucionario, está separado de sus compatriotas por una cortina de montañas —las más altas de Cuba— sin que se sepa si ha perecido, ha buscado refugio propicio en las estribaciones de la Sierra Maestra o ha conseguido abandonar de nuevo la Isla; la otra, el niño, ha sido devuelto a su madre en Ciudad México, con sujeción a un mandamiento judicial, pero en circunstancias que han apasionado a la opinión pública. Esos acontecimientos estremecedores, ocurridos después de tomada la instantánea en el Presidio Modelo, le confieren densidad humana extraordinaria. ¿Cuál será el destino de Fidel Castro, al que los intentos sucesivos y frustrados de insurgencia han rodeado de una aureola a la vez heroica y discutida? ¿Qué suerte tiene reservada el futuro al frágil niño, nervioso, inquieto e inteligente, que al arribar a la primera conciencia ha sido ya protagonista pasivo de 2 desgarramientos: el del hogar de sus progenitores y el de la tragedia política que afronta su padre? El drama es uno más, pero de cínica importancia, dentro de la honda crisis que conmueve a la nación cubana.

rrera y a su plana mayor. Luego, a intervalos, continuó el aterrizaje de los grandes cuatrimotores procedentes de la región de los Maeco. Descendieron los contingentes de artilleros del regimiento 7. No se sabía hasta dónde alcanzaban los claros en sus filas. La vispera, Batista había visitado los heridos en el Hospital Militar.

Al parecer, los lauros por el victorioso combate de Alegria del Pino correspondieron a la segunda compañía al mando del capitán Juan Moreno. El oficial fue recibido con aplausos por sus compañeros. Según explicó a los periodistas, sus hombres se habían enfrentado a los insurgentes tras una marcha forzada a través de montes casi impenetrables.

Reconoció la importancia decisiva de la fuerza aérea. Escuchándolo resultaba fácil imaginarse el cuadro. Los aparatos de la FAE, dueños absolutos del espacio y conocedores de que el enemigo carecía de artillería antisérea, volaban a pocos pies sobre los rebeldes, acibillándolos con el fuego de sus ame-

tralladoras —ocho en cada avión— y rociciándolos con explosivos de todos los calibres. Así, una y otra vez, en operaciones de relevo, segmentando y dispersando a los fidelistas en los sucesivos ataques.

"El Miami Herald" examinó el desenlace del conflicto con pupila objetiva. Examinó la correlación de fuerzas:

—Los rebeldes no lo hicieron mal... Un puñado de ochenta y dos hombres mantuvo inmovilizados a más de mil regulares del Ejército cubano durante cerca de dos semanas...

Por supuesto, el regreso triunfal y el recibimiento jubilosos no significaba una desmovilización en los aprestos bélicos. Los cables de Miami persistían en noticias alarmantes. El régimen las captaba y amplificaba.

—Ningún desembarco con posibilidad de éxito podrá realizarse, aseveró Batista.

Y Tabernilla:

—No hay por qué preocuparse. Estamos en condiciones de hacerle

frente victoriosamente a lo que venga.

Estaba claro que los soldados no se reintegraban a las rutinas del cuartel, sino que iban a permanecer en constante alerta, con el fusil al hombro. Según las agencias noticiosas estadounidenses, "el gobierno actuaba sabiamente" al retirar su tropa especializada de Niquero, alistándolas para emplearlas en algún otro punto conflictivo "guardando la pólvora seca".

Además, no se observaba reflujos en la oleada de sabotajes y atentados. Los "cocteles Molotov" continuaban su labor incendiaria, se interrumpían las comunicaciones, derribando postes o cortando cables. Subitos anagones descendían sobre los pueblos y ciudades y, al amparo de las tinieblas, las vicietas saltaban en añicos y las calles se cubrían de clavos y alcayatas. Los trenes funcionaban en forma irregular, mientras el Ejército patrullaba las vías férreas. Las detenciones, en toda la Isla, sumaban cientos. Hubo hallazgos de armas y explosivos, inclusive en templos religiosos. Y como música de fondo, rumores, rumores, rumores...

Para el régimen se había clausurado la campaña de la Sierra Maestra. El escuadrón de Manzanillo se encargaría de las operaciones de "limpieza". Para los vecinos del extremo sudoriental de la provincia, los acaecimientos, aún en desarrollo, adquirirían contornos de leyenda. Fidel Castro había escalado la cordillera. Una bella joven, hija de un médico de Pilón, abrazaba la causa de la insurrección agonizante y servía de guía a los últimos rebeldes.

Como una nota dramáticamente trónica: Fidel y Raúl Castro —muertos o perseguidos en la jungla de la sierra oriental— habían heredado ochenta mil pesos cada uno de su padre recientemente fallecido.

—Yo creo que si mi hermano hubiera sido muerto en combate, ya el gobierno lo hubiers manifestado oficialmente —declaró Ramón Castro Ruz. No creo correcto que si murió mantengan la incertidumbre sobre su fin. Deben decir la verdad.

El sábado 15 se escribió un nuevo capítulo en el acontecer de la Isla convulsionada por la pasión política. Sucedió en México, pero repercutió en Cuba. Un cable informó de la denuncia formulada por Emma Castro, hermana del líder del M-26-7. Contó a la policía federal "que tres desconocidos, armados de pistolas, interceptaron el auto en que viajaban en la esquina que forman las avenidas Revolución y Martí, apoderándose de su sobrinito, Fidel Castro Díaz, de siete años", hijo del combatiente de la Sierra Maestra.

La joven atribuyó el plagio a móviles políticos.

—Aunque toda la familia sea secuestrada Fidel no abandonará la lucha contra Batista y su banda.

En La Habana, el canciller Gonzalo Güell emitió un comunicado:

—Que no existe en modo alguno tal secuestro. Que el gobierno acaba de enterarse de la noticia de dicha denuncia. Que el niño está con su madre, lo que excluye toda posibilidad de que ello pueda considerarse como un secuestro.

—Que se comunicó con los familiares de la madre, quienes le expresaron que la sentencia judicial que concedió el divorcio de la señora Díaz Balart y de su ex esposo otorga la guarda y custodia del niño a la madre, y que además, ésta tiene un mandato judicial de la

autoridad correspondiente de Cuba, disponiendo se le entregue al niño.

En la Ciudad de los Palacios, las hermanas del líder insurgente insistieron en sus acusaciones al régimen de Batista. El embajador Espinosa, por su parte, rechazó que en el incidente hubieran intervenido agentes al servicio del gobierno isleño, aclarando que se trataba de "el ejercicio de una acción privada".

Las autoridades federales paralizaron inmediatamente las órdenes de investigación al conocerse que el pequeño se encontraba junto a su madre. El problema empezó a ser considerado un "asunto de familia".

El domingo anterior, Marta Díaz Balart, divorciada de Fidel Castro y actualmente esposa del abogado ortodoxo Emilio Núñez Blanco, concedió una entrevista a la Prensa Unida. El niño, víctima inocente del drama político de Cuba, asistió a la charla con los reporteros.

No se trata de política ni quiero que meze en a mi hijo en cosas de política, expresó la joven senora en tono de súplica. Me corresponde la custodia legal del niño y voluntariamente dejé que viajara a México durante dos semanas para ver a su padre, cuando éste me telefonó que esperaba morir en el levantamiento y me prometió, bajo su palabra de caballero que me lo devolvería al cabo de ese tiempo. Han pasado más de tres meses y he venido a México, simplemente, a llevarme a mi hijo.

La aparente intervención del representante diplomático del régimen de marzo exasperó las zonas fidelistas del exilio. Las hermanas del jefe del 26 de Julio comentaron con acritud la conducta de la madre. Mientras aquéllas, apasionadamente unidas a FC por los vínculos de la sangre y las ideas, contemplaban al pequeño como una prolongación del luchador ausente, MDB reivindicaba sus legítimos derechos maternos. En medio, una figura pálida, nerviosa, de mirada clara y precor, atrapada en el vórtice de una tragedia que todavía no era capaz de comprender.

Las noticias cablegráficas aseguraban que la mansión oficial de Cuba había sido previsora mente rodeada por la policía, temiendo que los fidelistas intentaran recuperar al niño. Otros reportes, recibidos directamente en esta Sección desde Ciudad México, negaban la intervención de hombres armados y, por tanto, que existiera secuestro.

El martes 18 se incorporó un elemento conmovedor al litigio. La prensa azteca publicó una carta-testamento político suscrita por Fidel Castro al momento de partir hacia Cuba para hacer efectivo su juramento. Era voluntad del líder revolucionario, envuelto en sombríos augurios, que su hijo quedara en la patria de Hidalgo, al cuidado del ingeniero Alfonso Gutiérrez y su esposa Orquídea Pino "y al amparo de la bandera mexicana".

Para que no caiga, finalizaba el sensacional documento, en las manos de los que han sido mis más feroces enemigos y detractores.

El niño en disputa se hacía legado político. Era otra víctima de la Sierra Maestra, o acaso más justamente, del 10 de Marzo.

DIALOGO

La SAR y el Premier

El martes 11, poco antes del mediodía, los comisionados de la SAR penetraron en el despacho de "Yoyo" García Montes. Era el primer contacto de la retaguardia ci-

vil con las esferas oficiales en una gestión de paz. A lo lejos, en la Sierra Maestra, ladraban las ametralladoras y se alzaban las columnas de fuego y humo de los cañaverales incendiados.

Hubo breves instantes de embrazo mientras se cambiaban los saludos, enmarcados dentro de una fría cortesía. Al quebrarse el diálogo cívico meses atrás, se cortó toda relación entre los Amigos de la República y el régimen. Sobre el país descendieron "las horas negras" de que hablara don Coame moribundo.

El político villareño agachado a que sus visitantes —Roche Pina, Miró Cardona, el profesor Juan Manuel Menocal y Elena Mederos— se acomodaran. Luego se sentó a su vez y quedó en la actitud de reserva de quien se dispone a escuchar. Menocal, vijo amigo de JGM, tomó la palabra y evocó gratos re-

cuerdos personales que sirvieron para aligerar la tensión del ambiente.

Agotado el preámbulo, el decano de los abogados enfocó el tema central.

Queremos concretar exactamente nuestros objetivos al interesar esta entrevista. No se trata de una súplica para salvar la vida de los que están luchando en la Sierra Maestra, porque desconocemos cuál sea su situación militar y, además, no estamos autorizados para transmitir su rendición.

El premier, los brazos cruzados, sobre el pecho y la mirada inescrutable bajo las espesas cejas, no hizo movimiento alguno.

Si se lanzaron a la guerra, prosiguió Miró, ellos saben lo que tienen que hacer, y nosotros no pretendemos sustituir su voluntad ofreciendo una rendición que, posi-

blemente, no esté en sus propósitos. Lo que buscamos con esta gestión es detener la contienda civil. No se trata, simplemente, de un alto al fuego, sino de procurar una salida que permita a todos deponer las armas con dignidad.

Una pausa:

Es al gobierno, finalizó con énfasis, al que corresponde facilitar un arreglo patriótico.

Intervino nuevamente Menocal. A las primeras frases, una sombra de disgusto se extendió por el semblante de García Montes.

Los jóvenes se han sentido frustrados, expresó JMM. Se han lanzado a la lucha revolucio naria movidos por ideales, impulsados por la desesperación. Yo creo que en la discusión de cualquier plan no puede faltar una representación de la juventud.

El primer ministro levantó las manos anticipando un gesto de rechazo. Su juicio respondía al patrón oficial, unánime en cubrir de oscuros epítetos a los mozos caídos en Santiago, a los combatientes de la Sierra, a los adolescentes que huían las cárceles de la Isla.

Esa demanda de ustedes no tiene razón de ser, interrumpió a su amigo de la infancia. El gobierno, generosamente, ha anunciado el cese de hostilidades por cuarenta y ocho horas, facilitando la rendición de los rebeldes. Nos hemos defendido de una agresión injusta y violenta, que ha costado mucha sangre. A pesar de todo, estamos brindando una oportunidad de pacificación.

Interrumpió Miró:

Es que no se les puede matar durante el bando de tregua ni después de las cuarenta y ocho horas. O es que eso quiere decir que sólo se les garantiza la vida en esos dos días?

Y mirando fijamente hacia su interlocutor:

El punto fundamental de la rebeldía de la juventud es la inconformidad que hay en el país desde el 10 de marzo. Es necesario que salga de aquí una verdadera solución nacional.

Pero García Montes liquidó toda posible invitación a renovar el diálogo cívico. La fórmula de Vento parecía avalada con los laureles de la victoria militar.

En cuanto a la solución nacional —dijo—, también el gobierno del presidente Batista ha sabido brindarla. Todo se normalizará con la concurrencia de la oposición a las elecciones parciales.

La impugnación estuvo a cargo de Menocal. Sus añejas relaciones con el prisionero marxista le concedían ciertas franquicias en el campo polémico.

—Estás equivocado! —saltó con vehemencia—. Las elecciones parciales nada resuelven. Nadie irá a ellas, porque quien lo haga quedará invalidado políticamente.

García Montes insistió una sonrisa irónica. Dió la sensación de adelantarse del candor de sus visitantes.

—Ustedes están en un error, manifestó. A esos comicios van a ir más partidos y líderes de los que ustedes se imaginan, incluyendo a muchos que aparecen adscritos a la SAR y participan de sus deliberaciones. Los únicos que niegan su concurso a las urnas son los que carecen de votos y temen perder frente al gobierno.

Menocal insistió:

—Los que cometen un error son ustedes, porque ya los políticos profesionales están envejeciendo y los

CUBA

